

EL LEÑADOR TRABAJADOR

Había una vez un leñador que se presentó a trabajar en una maderera. El sueldo era bueno y las condiciones de trabajo mejores aún, así que el leñador se propuso hacer un buen papel.

El primer día se presentó al capataz, que le dio un hacha y le asignó una zona del bosque.

El hombre, entusiasmado, salió al bosque a talar.

En un solo día cortó dieciocho árboles.

- Te felicito –le dijo el capataz-. Sigue así.

Animado por las palabras del capataz, el leñador se decidió a mejorar su propio trabajo al día siguiente. Así que esa noche se acostó muy temprano.

A la mañana siguiente, se levantó antes que nadie y se fue al bosque.

A pesar de todo su empeño, no consiguió cortar más de quince árboles.

- Debo estar cansado –pensó-. Y decidió acostarse con la puesta de sol.

Al amanecer, se levantó decidido a batir su marca de dieciocho árboles. Sin embargo, ese día no llegó ni a la mitad.

Al día siguiente fueron siete, luego cinco, y el último día estuvo toda la tarde tratando de talar su segundo árbol.

Inquieto por lo que diría el capataz, el leñador fue a contarle lo que le estaba pasando y a jurarle y perjurarle que se estaba esforzando hasta los límites del desfallecimiento.

El capataz le preguntó: ¿Cuándo afilaste tu hacha por última vez?

- ¿Afilas? No he tenido tiempo para afilar: he estado demasiado ocupado talando árboles.

Excelentísimas autoridades académicas, queridos profesores, familias y, sobre todo, vosotros, los médicos graduados: Hoy es un día de umbral, un día celebrativo. Un día en que, como “leñadores productores”, paramos la producción para celebrar, honrar el hacha, para cuidar al leñador.

Estáis cruzando una puerta más, que habla de especialización y de proyección humana y profesional. Os quiero imaginar, como facultativos, apasionados por el ser humano, por el cuidado, el acompañamiento, la investigación... con el objetivo de construir un mundo más humano desde una profesión más especializada, desde un *curriculum* con más desarrollo y específico.

Os imagino como profesionales de la medicina leñadores que queréis talar más y más, incrementando y haciendo productiva y eficiente vuestra profesión galena.

Yo he decidido sorprender a quienes me han invitado a hacer este apadrinamiento y, dejando a un lado la pretensión de hacerlo docto, ilustrado, reverente, -como creo haber hecho otros- lo haré con cuentos entresacados de varios libros publicados por mí hace años. Ya sabéis que el padrino, si por un lado tiene la función de hacer una *laudatio* de los alumnos, por otra ha de transmitir experiencia o mirada que exhorte a los titulados.

Pues bien, los cuentos, decimos en el Centro de Humanización de la Salud San Camilo, que dirijo, donde cuidamos personas mayores, enfermos en clave paliativa y personas en duelo, son **destilado de sabiduría**. Son pequeños espejos en los que la realidad se refleja con más claridad que en los manuales. *«El cuento, con su particular melodía, nos habla siempre de cosas importantes para la vida, nos busca y nos encuentra allí donde nuestro ser se abre a valores genuinamente nobles y saludables»*. Y, de alguna manera, nos pillan.

Los cuentos tienen todos una moraleja, una “moral chiquitita”, o grande, según se mire. Plantean un desafío ético, una enseñanza de sabiduría destilada en la narrativa, que tanto poder tiene para encontrarnos a todos. No importa si alguno ya se ha leído alguna vez. Sirven, me gusta decir, para dormir a los niños y para despertar la conciencia de los adultos. Me gustaría transmitir el amor por la narrativa, el amor por los cuentos. Yo me quedo con ellos, también después de mi doctorado y mis 5 máster. Me interesa la medicina narrativa. Personalmente los he usado con enfermos al final de la vida y con dolientes en sesiones de *counselling*.

Dicen que una vez una mujer le preguntó a Einstein qué hacer para que sus hijos fueran más inteligentes y Einstein le respondió: “Léales cuentos de hadas”. La mujer, riéndose, le replicó: “Ya, ¿y qué debo hacer después de haberles leído cuentos de hadas?”. Y Einstein le dijo: “Pues léales más cuentos de hadas”. Y así voy a hacer yo. Porque los cuentos, no solo son para ser leídos individualmente, sino también grupo: en asamblea, en equipo, en familia, en la universidad. Dice así.

LA PIEDRA DE HACER SOPA

En un pequeño pueblo, una mujer se llevó una gran sorpresa al ver que había llamado a su puerta un extraño correctamente vestido, que le pedía algo de comer. “Lo siento, dijo, pero ahora no tengo nada en casa.”

“No se preocupe, dijo amablemente el extraño, tengo una piedra de sopa de hacer sopa en mi bolsa, si usted me permitiera echarla en un puchero de agua hirviendo, yo haría la más exquisita sopa del mundo. Un puchero muy grande, por favor”.

A la mujer le picó la curiosidad, puso el puchero al fuego y fue a contar el secreto de la piedra de hacer sopa a sus vecinas. Cuando el agua rompió a hervir, todo el vecindario se había reunido allí para ver a aquel extraño y su piedra de hacer sopa. El extraño dejó caer la piedra en el agua, luego probó una cucharada con verdadera delectación y exclamó: “¡Deliciosa! Lo único que necesita es unas cuantas patatas”.

“¡Yo tengo patatas en mi casa!”, gritó una mujer. Y, en pocos minutos, estaba de regreso con una gran fuente de patatas peladas que fueron derechas al puchero. El extraño volvió a probar el brebaje.

“¡Excelente!”, dijo; y añadió pensativamente: “Si tuviéramos un poco de carne, haríamos un guiso de lo más apetitoso...”

Otra ama de casa salió presurosa y regresó trayendo un pedazo de carne que el extraño, tras aceptarlo cortésmente, lo introdujo en el puchero. Cuando volvió a probar el caldo, dijo: “¡Está muy sabroso!; si tuviéramos una cuantas verduras, quedaría mejor...”

Una de las vecinas se apresuró a ir a su casa y regresó con una cesta llena de judías y zanahorias. Después de introducir las verduras en el puchero, el extraño probó nuevamente el guiso y dijo a la dueña de la casa: “La sal, por favor”. “Aquí la tiene, le dijo la dueña de la casa”. A continuación, exclamó: “Preparad platos para todos”. La gente se apresuró a ir a sus casas en busca de platos. Algunas regresaron trayendo incluso pan y frutas.

Luego se sentaron todas a disfrutar de la comida. Todas se sentían extrañamente satisfechas compartiendo aquella sopa de piedra. En medio de la comida, el extraño se escabulló silenciosamente, dejando tras de sí la milagrosa piedra de hacer sopa, que ellas podrían usar siempre que quisieran hacer una nutritiva y reconfortante sopa.

Estimados titulados, este cuento, como todos, habla de nosotros. No de uno solo de vosotros, sino de todos juntos. Habla del poder que tiene la solidaridad, la empatía compasiva, del poder que tiene compartir nuestros talentos en la comunidad científica, en la empresa, en el equipo, en el barrio, en la familia, entre amigos.

Las profesiones sanitarias y de cuidado llevan décadas aprendiendo —a veces a golpes de realidad— que **nadie cura solo**. El médico necesita a la enfermera. El psicólogo necesita al trabajador social. El fisioterapeuta necesita al terapeuta ocupacional. El especialista necesita al médico de familia. Todos necesitan y han de considerar debidamente a la familia del paciente. Y todos necesitan, sobre todo, **al propio paciente**, que no es el receptor pasivo de cuidados sino el primer agente de su propia salud, al menos si pensamos en ella como experiencia biográfica, y no solo como mero silencio del cuerpo, equilibrio entre los órganos.

La piedra de hacer sopa es la iniciativa, la creatividad, el primer gesto que invita a los demás a participar. En vuestros equipos, como ya sabéis por experiencia, habrá momentos en que tendréis que ser el caminante con la piedra: el que convoca, el que articula, el que

construye comunidad alrededor de un enfermo o de una familia que necesita más de lo que uno solo puede dar.

Y habrá momentos en que tendréis que ser los vecinos que traen las verduras: los que aportan desde su parcela, sin protagonismos, sabiendo que la sopa es de todos, que la salud es también tarea comunitaria.

En efecto, la humanización de la salud no es un proyecto individual. Es **una cultura compartida**. Y vosotros, con vuestra diversidad de especialidades, de trayectorias, sois hoy mismo una demostración de esto: ***“nosotros somos más que tú... y que yo, incluso juntos”***. Esta es la sentencia más repetida por mi amigo catedrático neumólogo Dr. Julio Ancochea.

No es fácil trabajar en equipo. ***“Si trabajas en equipo, muéstrame tus cicatrices”***, decía el Dr. Balfour Mount, canadiense. Os lo diré con el último cuento que me ha servido en numerosos países, en varios continentes, con políticos y administrativos, con facultativos y agentes sociales... para presentar una clave del trabajo en equipo.

ASAMBLEA EN LA CARPINTERÍA

Cuentan que a, media noche, hubo en la carpintería una extraña asamblea. Las herramientas se habían reunido para arreglar las diferencias que no las dejaban trabajar.

El Martillo pretendió ejercer la presidencia de la reunión, pero enseguida la asamblea le notificó que tenía que renunciar:

– No puedes presidir, Martillo –le dijo el portavoz de la asamblea–. Haces demasiado ruido y te pasas todo el tiempo golpeando.

El Martillo aceptó su culpa, pero propuso:

– Si yo no presido, pido que también sea expulsado el Tornillo, puesto que siempre hay que darle muchas vueltas para que sirva para algo.

El Tornillo dijo que aceptaba su expulsión, pero propuso una condición:

– Si yo me voy, expulsad también a la Lija, puesto que es muy áspera en su trato y siempre tiene fricciones con los demás.

La Lija dijo que no iría a no ser que fuera expulsado el Metro. Afirmó:

– El Metro se pasa todo el tiempo midiendo a los demás según su propia medida como si fuera el único perfecto.

Estando la reunión en tan delicado momento, apareció inesperadamente el Carpintero que se puso su delantal e inició su trabajo. Utilizó el martillo, la lija, el metro y el tornillo. Trabajó la madera hasta acabar un mueble. Al terminar su trabajo se fue.

Cuando la carpintería volvió a quedar a solas, la asamblea reanudó la deliberación. Fue entonces cuando el Serrucho, que aún no había tomado la palabra, habló:

– Señores, ha quedado demostrado que tenemos defectos, pero el carpintero trabaja con nuestras cualidades; son ellas las que nos hacen valiosos. Así que propongo que no nos centremos tanto en nuestros puntos débiles y que nos concentremos en la utilidad de nuestros puntos fuertes.

La asamblea valoró entonces que el Martillo era fuerte; el Tornillo unía y daba fuerza; la Lija era especial para afinar y limar asperezas; y observaron que el Metro era preciso y exacto. Se sintieron orgullosos de sus fortalezas y de trabajar juntos.

Graduados y graduadas clínicos: hoy recibís un título que acredita una herramienta más, un *espertisse* superior. Pero solo una no es suficiente para hacer las **obras de arte** que podréis hacer en los equipos de los que formaréis parte.

El error —y este error lo vemos muchas veces en vuestra vida profesional— es creer que la propia herramienta es la más importante, o quizás la única necesaria. Que el propio saber es el único saber. En palabras de Paul Ricoeur, el error es aferrarse a *l'esprit de géométrie* ... dejando olvidado *l'esprit de finesse*, que nos hace sabios, más que inteligentes; prudentes, más que doctos.

El carpintero nos dice algo bien profundo, que es lo que me gustaría que os llevéis de mis palabras hoy, como padrino. Y es que el maestro artesano no usó las herramientas al mismo tiempo, atropelladamente, competitivamente. Las usó **cada una a su tiempo, cada una en su lugar**, con la sabiduría de saber cuándo toca el serrucho y cuándo toca el cepillo. Cuándo toca hablar y cuándo toca callar. Cuándo toca intervenir y cuándo toca simplemente acompañar.

Esa sabiduría del tiempo y del lugar —esa inteligencia clínica y humana que sabe discernir qué herramienta necesita este enfermo, en este momento, con esta historia— es lo que convierte a un profesional competente en un **profesional humanizador**. Y eso se aprende en los *másters*, pero se aprende también en el encuentro. Se aprende en la escucha, en el *tiempo demorado o contemplativo*, (ese tiempo que tiene aroma, que permite la contemplación, la atención,

la narración), no solo en el *tiempo acelerado del rendimiento*, en palabras del filósofo Buyung-Chul HAN, premio Princesa de Asturias de Comunicación y Humanidades 2025. Se aprende, también, en los errores y sombras, como sanadores heridos que somos.

Queridos profesionales clínicos especialistas, hay “un hacha que afilar” en vuestra vida, hay una sopa que hacer juntos, hay un mueble que construir como artesanos carpinteros. Hablo de sabiduría necesaria para conjugar el verbo HUMANIZAR en vuestra noble profesión. Subíos al “carro de la humanización”: en uno u otro vagón del tren actual: Humans, Humanizando, Centro de Humanización, Comisiones y planes en hospitales y Comunidades Autónomas... Poned en valor la presencia, lo carnal, **lo húmedo**, lo que no se pixela, lo blando, lo amoroso, lo amable. **Con tengáis miedo de la ternura. Haced de la belleza un acto político y terapéutico.**

El papa León XIV, a los jóvenes, la semana pasada, les dijo sin esitación: “**sed humanos**”. Os lo digo también yo: conjugad el verbo HUMANIZAR, sed humanos, impregnad vuestra especialidad de valores del humanismo, sed buenos, sed felices, sed amables... y recibiréis un hermoso salario: **la satisfacción por compasión.**

Termino como lo haría un maestro sufí.

“El maestro sufí contaba siempre una parábola al finalizar cada clase, pero los alumnos no siempre entendían el sentido de la misma...

-Maestro –lo encaró uno de ellos una tarde-. Tú nos cuentas los cuentos, pero no nos explicas su significado...

- Pido perdón por eso –se disculpó el maestro-. Permíteme que en señal de reparación te invite a un rico melocotón.

- Gracias, maestro –respondió halagado el discípulo.

- Quisiera, para agasajarte, pelar tu melocotón yo mismo. ¿Me lo permites?

- Sí, muchas gracias –dijo el alumno.

¿Te gustaría que, ya que tengo en mi mano el cuchillo, te lo corte en trozos para que sea más fácil comerlo?

Me encantaría... Pero no quisiera abusar de tu generosidad, maestro...

No es un abuso si yo te lo ofrezco. Solo deseo complacerte... Permíteme también que lo mastique antes de dártelo...

No, maestro. ¡No me gustaría que hicieras eso! –se quejó sorprendido el discípulo.

El maestro hizo una pausa.

-Si yo os explicara el sentido de cada cuento, sería como daros a comer una fruta masticada.” (De la sabiduría sufi)

Espero no haber caído en este error: el de masticaros los cuentos. En todo caso, sabiendo que estoy delante de un colectivo hiperprofesional, hiperacadémico, me permito repetirme: sean hiperhumanos: escuchen historias, promuevan la narrativa, lean cuentos, no solo a sus hijos (que también), sino en su vida, en sus reuniones, en sus congresos. Caminarán así, más fácilmente, por la vía científica, la vía ética y la vía estética, que se dan la mano.

Que Dios os bendiga.

Dr. José Carlos Bermejo

Universidad San Pablo CEU · Madrid
Ceremonia de Graduación de Posgrados
Discurso de graduación posgrados 16 junio 2026

Referencias principales:

- Bermejo, J. C. (2010). Regálame la salud de un cuento. Sal Terrae.
- Bermejo, J. C. (2008). Regálame más cuentos con salud. Sal Terrae.
- Bermejo, J. C. (2014). Cuentos con salud. Sal Terrae.
- Bermejo, J. C. (2026). El principio de humanización. Curar y cuidar. Sal Terrae.
- Bermejo, J. C. (2014). Humanizar la asistencia sanitaria. Sal Terrae.

ANEXO

EL VIAJERO SEDIENTO

Lentamente, el sol se había ido ocultando y la noche había caído por completo. Por la inmensa planicie de la India se deslizaba un tren como una descomunal serpiente quejumbrosa.

Varios hombres compartían un departamento y, como quedaban muchas horas para llegar al destino, decidieron apagar la luz y ponerse a dormir. El tren proseguía su marcha. Transcurrieron los minutos y los viajeros empezaron a conciliar el sueño. Llevaban ya un buen número de horas de viaje y estaban muy cansados. De repente, empezó a escucharse una voz que decía:

¡Ay, qué sed tengo! ¡Ay, qué sed tengo!

Así una y otra vez, insistente y monótonamente. Era uno de los viajeros que no cesaba de quejarse de su sed, impidiendo dormir al resto de sus compañeros. Ya resultaba tan molesta y repetitiva su queja, que uno de los viajeros se levantó, salió del departamento, fue al lavabo y le trajo un vaso de agua. El hombre sediento bebió con avidez el agua. Todos se echaron de nuevo. Otra vez se apagó la luz.

Los viajeros, reconfortados, se pusieron a dormir. Transcurrieron unos minutos. Y, de repente, la misma voz que antes comenzó a decir:

¡Ay, qué sed tenía, pero qué sed tenía!

Pues... así es, a menudo, el ser humano: capaz de instalarse en la lamentación no comprometida con el cambio, capaz de victimismo y de vocación de sufrimiento inútil. Somos capaces de generar sufrimiento incluso si nuestra profesión consiste radicalmente en lo contrario: prevenirlo, sanarlo, paliarlo, consolarlo, acompañarlo... Lo hacemos o lo encontramos en muchos contextos de nuestra vida. Trabajar por eliminar esta *toxicidad lamenteira*, es un **compromiso humanizador** al que hoy os invito, porque son muchos los que se lamentan por deshumanización, pero no se comprometen con su aportación desde las competencias blandas que humanizan.

EL CONFERENCIANTE Y LAS PREGUNTAS

Cuentan que un experimentado conferenciante distribuyó unas hojas de papel a los miembros de su auditorio y les pidió que escribieran sus preguntas a fin de poder discutir las y comentarlas.

El procedimiento funcionó muy bien hasta que abrió una de las hojas que le habían dado y observó que en el papel plegado solo había escrita una palabra: «¡IDIOTA!»

La leyó, sin inmutarse, en voz alta y se dirigió a su público.

– Damas y caballeros –declaró–. En las múltiples conferencias que llevo dando desde hace años, muchas personas han escrito su pregunta y han olvidado firmar con su nombre, pero he de decirles que esta es la primera vez que alguien firma con su nombre y olvida escribir su pregunta.

CUENTO DE LA VACA

Un maestro de la sabiduría paseaba por un bosque con su fiel discípulo, cuando vio a lo lejos un sitio de apariencia pobre, y decidió hacer una breve visita al lugar.

Durante la caminata le habló al aprendiz de la importancia de las visitas, también de conocer personas y las oportunidades de aprendizaje que tenemos de estas experiencias.

Llegando al lugar constató la pobreza del sitio. Los habitantes, una pareja y tres hijos, vivían en una casa de madera, e iban vestidos con ropas sucias y rasgadas, sin calzado.

Entonces se aproximó al hombre, aparentemente el padre de familia y le preguntó:

– En este lugar no existen posibilidades de trabajo, ni puestos de comercio tampoco. ¿Cómo hacéis tú y tu familia para sobrevivir aquí?

El hombre respondió tranquilamente:

– Amigo mío, nosotros tenemos una vaquita que nos da varios litros de leche todos los días. Una parte del producto la vendemos o lo cambiamos por otros alimentos en la ciudad vecina y con la otra parte producimos queso, manteca, etc., para nuestro consumo y así es como vamos sobreviviendo.

El sabio agradeció la información, contempló el lugar durante un momento, luego se despidió y se fue.

En el medio del camino, se volvió hacia su fiel discípulo y le ordenó:

– Busca la vaquita, llévala al precipicio de allí delante y empújala al barranco.

El joven miró al maestro con espanto y le discutió la orden. Sobre todo, porque la vaquita era el único medio de subsistencia de aquella familia. Pero al ver el silencio absoluto del maestro, cumplió

temeroso la orden y empujó la vaquita por el precipicio, viéndola morir.

Aquella escena quedó grabada en la memoria de aquel joven durante algunos años.

Un día, el joven resolvió dejar a su maestro y regresar a aquel lugar para contarle todo a la familia, pedir perdón y ayudarlos.

Así lo hizo, y a medida que se aproximaba al lugar veía todo muy bonito, con árboles floridos, todo habitado, con un automóvil en el garaje de una casa enorme y algunos niños jugando en el jardín.

El joven se sintió triste y desesperado, imaginando que aquella humilde familia había tenido que vender el terreno para sobrevivir, aceleró el paso y cuando llegó, fue recibido por un hombre muy simpático. El joven preguntó por la familia que había vivido allí hacía unos cuatro años y el hombre respondió que seguían viviendo ahí.

Sorprendido, el joven entró corriendo a la casa y confirmó que era la misma familia que había visitado hacía algunos años con el maestro.

Elogió el lugar y le preguntó:

– ¿Cómo hicisteis para mejorar este lugar y cambiar vuestra

vida?

El hombre, entusiasmado, le respondió:

– Nosotros teníamos una vaquita, pero un día se cayó por el precipicio y murió. Desde ese momento nos vimos en la necesidad de hacer otras cosas y desarrollar otras habilidades que no sabíamos que teníamos.

EL PRINCIPE Y EL DIAMANTE

Un príncipe poseía un magnífico diamante, del que estaba muy orgulloso. Un día, en un accidente, la piedra preciosa quedó totalmente rayada.

Este hecho entristeció al príncipe, y decidió poner todo su empeño en conseguir que el diamante volviera a ser lo que había sido.

Para ello, convocó a los más hábiles especialistas con el fin de que la joya recuperase su estado original. Pero, a pesar de todos los esfuerzos no pudieron borrar ni tapar la raya.

Apareció entonces un genial lapidario. Con arte y paciencia talló en el diamante una magnífica rosa y fue lo suficientemente hábil para hacer del arañazo el tallo mismo de la rosa... de tal manera que la piedra preciosa apareció, después, mucho más bella que antes.